Estimados amigos,
Les deseo una santa y feliz Navidad.
Que el Señor les conceda su gracia y su paz.
A modo de saludo y mensaje, les envío mi homilía para la misa de esta noche. El Señor esté con ustedes.

No teman. Les traigo una buena noticia, --literalmente les traigo un evangelio--, *que causará gran alegría a todo el pueblo: hoy les ha nacido en la ciudad de David, un salvador, que es el Mesías, el Señor.* Ese anuncio, ese evangelio que el ángel del Señor proclama a los pastores nos lo repite hoy la Iglesia. Quizá deberíamos actualizar ese mensaje y cambiar un poco las palabras. Lo diría así: "No teman. Hoy les traigo una buena noticia que causará gran alegría a todo el pueblo. Hace dos mil veintiún años nació en la ciudad de David su salvador, que es el Mesías, el Señor." El nacimiento pasó, pero el amor de Dios hacia nosotros que fue la causa de ese nacimiento permanece hasta hoy. En el nacimiento del Mesías, el Señor, se nos manifestó el gran amor y la misericordia de Dios que todavía perdura. El nacimiento pasó, el Niño creció, anunció el evangelio a los pobres, entregó su vida en la cruz y resucitó de entre los muertos. Volverá de nuevo para juzgar a vivos y muertos y su reino no tendrá fin. Pero la misericordia que dio origen a todas esas obras de salvación permanece. La gran noticia de esta noche es que en el nacimiento del Hijo de Dios como hombre se reveló de una vez para siempre el gran amor que Dios nos tiene. *Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su único Hijo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna* (Jn 3,16).

Ese es quizá el significado más profundo de esta noche. La celebración del acontecimiento por el que comenzó a manifestarse el amor de Dios, que encontró la expresión suprema en la cruz del Señor y que realizará la salvación plena en la segunda venida del Señor. Hoy lo decía san Pablo con otras palabras: *La gracia de Dios se ha manifestado para salvar a todos los hombres y nos ha enseñado a renunciar a la irreligiosidad y a los deseos mundanos, para que vivamos, ya desde ahora, de una manera sobria, justa y fiel a Dios, en espera de la gloriosa venida del gran Dios y salvador, Cristo Jesús.* El amor de Dios, la benevolencia de Dios, la misericordia de Dios se manifiesta, se revela, se derrama sobre toda la humanidad. Hoy Dios nos dice que la realidad más real, el fundamento de todo lo que existe es la gratuidad de su amor por nosotros. Su amor está al origen de la creación, es la causa de la elección del pueblo de Israel, condujo la historia de los profetas, reyes y sacerdotes del Antiguo Testamento, se manifestó en el nacimiento de Jesucristo, guía a la Iglesia y la llevará a su plenitud.

Es costumbre en Navidad intercambiar regalos. ¿Qué significa ese gesto? En su origen era un intento de imitar a nivel humano la gratuidad y la acogida de la benevolencia de Dios. El pequeño gesto de regalar algo, la acogida fraterna a la propia mesa, la

✠ Mario Alberto Molina, O.A.R.
Arzobispo de Los Altos, Quetzaltenango – Totonicapán

reconciliación de quienes están enemistados son posibles porque hay una gratuidad mayor, un regalo mayor, una acogida mayor, que es la que Dios nos hace enviándonos a su Hijo.

San Pablo nos dice que esa manifestación del amor de Dios debe conducirnos *a renunciar a la irreligiosidad*. Esa es una palabra rara y hasta difícil de pronunciar. ¿Qué quiere decir? Que ante tan grande manifestación del amor de Dios ya no es posible vivir sin religión, sin piedad; ya no es posible vivir como si Dios no existiera. Hermanos, no estamos en este mundo como accidente casual, sino que existimos porque Dios nos pensó y nos amó. El sentido de nuestra vida está en Dios. No es lícito vivir como si Dios no existiera; no está permitido vivir sin tomar en cuenta a Dios; no podemos pretender una autonomía que nos deja solos y sin amarres a la realidad firme que nos sostiene. Por eso debemos renunciar *a los deseos mundanos.* Los deseos mundanos no son los deseos impuros, sino los deseos de hacer de este mundo la referencia de nuestras vidas. El deseo más profundo de nuestro corazón no se sacia con los bienes, placeres y logros de este mundo. Vivimos en el mundo, utilizamos las cosas del mundo, ayudamos a nuestro prójimo con bienes materiales, pero nuestro corazón y nuestra mente no se aquietan con los bienes de este mundo, sino con el mismo Dios. Por eso, para que lo conozcamos y lo amemos, Dios envió a su Hijo, que nació de la Virgen María y murió en la cruz, para que a través de Él nosotros conozcamos el amor de Dios y así más fácilmente nuestro deseo encuentre en el amor de Dios su plenitud. Vivamos pues *de una manera sobria,* es decir, con la conciencia y el deseo puesto solo en Dios. *Él se entregó por nosotros, para redimirnos de todo pecado y purificarnos, a fin de convertirnos en pueblo suyo, fervorosamente entregado a practicar el bien.*

Cuando el ángel del Señor terminó de anunciar su evangelio a los pastores, *se le unió una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: ¡Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!* Entendamos bien: la paz viene de Dios a todas las personas que se dejan favorecer de la buena voluntad de Dios. ¿Cómo podríamos ser hombres de buena voluntad, si no hubiéramos sido favorecidos por la buena voluntad de Dios? Los hombres de buena voluntad son aquellos que se saben amados por Dios. Surge entonces la paz de sabernos perdonados, la paz de sabernos llamados a la eternidad de Dios, la paz que es presencia de Dios en nuestros corazones.

Hoy los pastores nos dan el ejemplo que debemos imitar. Cuando los ángeles se fueron, ellos deliberaron entre sí y dijeron: *Vayamos hasta Belén, para ver eso que el Señor nos ha anunciado.* Vayamos nosotros también a Belén. ¿Cómo? Volvamos la mirada hacia el Señor, purifiquemos nuestra fe en Él, tomemos la resolución de conocerlo mejor leyendo y escuchando su Palabra inspirada, acerquémonos al sacramento de la penitencia y de la comunión para hacernos un solo cuerpo con él. Si Dios nos ama esta noche con un amor puro, dejémonos amar y purificar por Dios. Nosotros somos esta noche *el pueblo que caminaba en tinieblas y vio una gran luz; vivíamos en tierra de sombras, y una*

luz resplandeció. Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; lleva sobre sus hombros el signo del imperio para extender el principado con una paz sin límites. Seamos parte de ese reino de paz, seamos comunicadores de paz, seamos personas que ofrecen a otras el perdón y la gratuidad que hoy hemos recibido de Dios. ¡Santa Navidad para todos!

✠ Mario Alberto Molina, O.A.R.
Arzobispo de Los Altos, Quetzaltenango – Totonicapán